

el niño del mundo. En el último capítulo, «Early Plenitude: A Phenomenology of the Child's Spirit», la autora analiza los planteamientos filosóficos que caracterizaron el humanismo pedagógico en las obras de tres intelectuales españoles: *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno; *L'amor i la percepció dels valors*, de Joaquim Xirau; y *Educación y Ciencia*, de Joan Roura. Culmina con un análisis del *Cántico*, el libro de poesía publicado por Jorge Guillén en 1928, en cuyos versos es posible apreciar una representación fenomenológica de la infancia, del mundo y del niño mismo.

La investigación de Kendrick es una propuesta original, de modo especial en su interesante reflexión sobre el papel que juegan la ciencia y el arte en la infancia. El abundante material con el que trabaja en cada apartado es una muestra de una tarea cuya dimensión desafía al lector. La lectura es densa y rica, pero se echan en falta elementos contextuales que permitan una mejor comprensión del texto. En general, la presentación del libro es impecable, ya que contiene una variada selección de reproducciones de pinturas, ilustraciones y fotografías que hacen la lectura más amena. La investigación puede ser atractiva para un público especializado en historia de la infancia y de la educación en España. En conclusión, se trata de una obra estimulante que abre nuevos interrogantes para investigaciones futuras; por ejemplo, ¿hasta qué punto estas representaciones incluyeron otros tipos de infancia, como la infancia considerada anormal? Sin duda, *Humanizing Childhood in early twentieth-century Spain* es una lectura recomendable. ■

**Génesis Núñez Araya**

IHC, Universitat Autònoma de Barcelona

ORCID 0000-0002-7797-4132

■ **César Leyton.** La ciencia de la erradicación. Madrid: CSIC (Colección Estudios sobre la ciencia, 73); 2020. 270 p. ISBN: 978-84-00-10612-6. 19,23 €

En octubre de 2020 una gran movilización popular en Santiago de Chile recordó el estallido social desatado un año antes, en el sitio que sirvió de lugar de convocatoria y de resistencia a la feroz represión desatada contra los manifestantes con un saldo de más de treinta muertos y varios miles de heridos y detenidos.

Era la llamada Plaza Italia, que tuvo desde entonces otra denominación alusiva a una lucha por derechos largamente vulnerados que allí irrumpió sorprendiendo a propios y ajenos, para convertirse en Plaza Dignidad.

Los episodios de 2019, rememorados en 2020, se desencadenaron tras una suba en el billete del metro que a priori no parecía tener relación con la reacción popular suscitada hasta que la consigna ampliamente diseminada resultó ser por demás elocuente. «No es por treinta centavos sino por treinta años».

Se había activado la memoria histórica de un pueblo que se movilizaba contra las consecuencias de una salida democrática signada por los condicionamientos que estableció una Constitución pactada con dictadores, en lo que sería una demostración palmaria de la subordinación política a un ejercicio del poder fundado en la continuidad del neoliberalismo como sistema económico. Chile había sido el primer experimento mundial del neoliberalismo y su continuidad se constituyó en una cuestión de estado trascendente a los cambios que suponía pasar de una dictadura a una democracia. El «éxito chileno» no podía ser puesto en duda, como lo sostuvo una extendida prédica laudatoria en medios internacionales, ni los elementos que lo conformaban, tanto la negación del pasado como la celebración de un presente que lo convirtió en uno de los países más desiguales del mundo, porque sostener ese éxito permitía alentar la emergencia de nuevas experiencias neoliberales en otras latitudes.

Pero el estallido social de Santiago de Chile en 2019 y su rememoración en 2020 vinieron a correr el velo que impedía advertir aquella engañosa representación de un modelo que, en su consolidación, tuvo como condición de posibilidad una democracia de baja intensidad donde las grandes mayorías populares cedían cada vez más derechos.

Una notable coincidencia hizo que en octubre de 2020 viera la luz el libro de César Leyton, *La ciencia de la erradicación*. Y hablo de coincidencia fundamentalmente porque la movilización popular al poner en cuestión treinta años de un modelo político y económico estaba también reclamando historizar un pasado que en la historia reciente chilena había sido vedado. Ese pasado es el que, en efecto, el libro de Leyton expone a través de una original indagación histórica sobre los modos en que la dictadura pudo conformar un modelo de gobernanza entre 1973 y 1990 con suficiente poder como para no dejar de incidir en la política chilena.

Un elemento central en la construcción de esa gobernanza tuvo que ver con las transformaciones espaciales operadas principalmente sobre Santiago de Chile y el soporte ideológico que las hizo posible. «La ciencia de la erradicación» es, entonces una clave desde donde interpelar fenómenos complejos que nos

colocan ante una permanente tensión entre saber y poder, ciencia e ideología, porque el uso de la fuerza para imponer una forma de gobierno totalitaria convivió con cuidados mecanismos de subjetivación que tendieron a naturalizar el horror, elevando a una categoría de incuestionable a aquellas acciones emprendidas bajo la legitimidad brindada por la labor de tecnócratas. Allí subyacen ideas que asumieron la forma de trabajos publicados por el propio Augusto Pinochet en la década de 1960 sobre geopolítica, y una historia cultural de más larga duración signada por la pervivencia del corpus liberal afirmado a fines del siglo XIX. Entre esas inquietudes económicas y geopolíticas existe una argamasa que Leyton encuentra en metáforas biológicas que recrearon permanentemente el darwinismo social, con expresiones muy elocuentes en el plano territorial por las cuales la metrópolis asumía nuevas formas que eran a su vez las que le permitían vertebrar el nuevo organismo social. Así, la reestructuración territorial y urbana de Santiago de Chile orientada por inquietudes económicas y geopolíticas fue el eje de las transformaciones sociales que confirieron especial protagonismo a «la ciencia de la erradicación» en el agudo análisis de Leyton. En efecto, esas intervenciones territoriales supusieron desarticular sectores «peligrosos» para el orden que se estaba instituyendo, y a la vez liberar usos del suelo para las fuerzas del mercado a través de un doble juego: explotando los sitios más convenientes para los sectores de mayores ingresos que las erradicaciones dejaban a su merced, y haciendo lo mismo con los sitios dispuestos para las radicaciones, al serle concedida a los mismos sectores beneficiados la explotación económica de ese nuevo hábitat de los trasladados.

Y, articulando el negocio para los ricos con la afrentas contra los pobres, se despliega una gobernanza basada en criterios biopolíticos que recogen ancestrales rechazos a lo diferente donde se imponen criterios homogeneizadores basados en preceptivas clasistas y racistas que adoptan una precisa forma de organización institucional que Leyton detalla con notable precisión. El Estado era puesto al servicio de un ejercicio de la violencia directa que era consustancial al despliegue de mecanismos de intervención sobre la subjetividad de las personas a fin de obtener de ellas lo que podría entenderse como una recreación de la «servidumbre voluntaria» de Etienne de la Boétie. Así, el miedo infundido y el engaño formaron parte de una estrategia donde una suerte de nuevo *self made man* forjado en la conquista del lejano oeste norteamericano, pareció iluminar el camino a seguir de aquellos a los que se los empujó violentamente a dejar todo para empezar de nuevo su vida en un sitio desconocido, mientras se enfatizaba públicamente que el Estado estaba generándoles nuevas oportunidades para exponer sus cualidades de emprendedores.

Estas acciones que conformaron lo que eufemísticamente fue llamado el «modelo chileno», sirvió también de ejemplo para otros países latinoamericanos donde se hizo insalvable la dicotomía entre la esencia política del liberalismo y su reapropiación regional restringida a una salvaje libertad de mercado y, en consecuencia, el neoliberalismo implementado devino en una ideología para la cual el liberalismo político no era más que un obstáculo.

La hegemonía neoliberal inaugurada por la dictadura de Pinochet fue también la de una forma de gestionar la vida y la muerte, como dos caras de una misma moneda, donde el poblacionismo era el reaseguro para cubrir los vacíos dejados por las muertes de seres «irrecuperables», esto es aquellos sobre los que no tendrían efecto las tácticas de subjetivación para lograr el disciplinado acatamiento al orden neoliberal. Estas acciones requirieron de la creación de una particular ingeniería por parte de hombres de la ciencia dentro de un régimen que administraba el terror, demostrándonos una vez más que la ciencia nunca es neutral y pretender que lo sea encierra en contextos dictatoriales algo más que una hipocresía, siendo una lisa y llana expresión del mal. Allí estuvieron los engranajes de un sistema perverso que, más que a la manera de «la banalidad del mal» de Arendt, actuó con mayor responsabilidad individual por integrar y legitimar lo que para Forti hace a un «sistema endemoniado». Es que, si el neoliberalismo necesita despejar de su camino al opositor, al pobre, el laboratorio de este experimento científico que fue Chile en 1973 se encargó de ponerlo en evidencia con una inusitada crudeza. Mientras la muerte y sus efectos sobre los vivos constituían una parte de la nueva gobernanza, la más extrema, otras acciones ejercieron el control causando la desocupación, la erradicación, administrando el hambre y la nutrición, eliminando servicios públicos básicos como la salud y persiguiendo al disidente. Se trató así de administrar la vida y la muerte al punto de convertir en literal la metáfora darwiniana de la supervivencia del más apto.

El libro de Leyton nos recuerda todas estas cosas mirando el neoliberalismo desde sus huellas dejadas en Santiago de Chile. En ese sentido contiene además de la muy cuidada tarea de reconstrucción histórica, una función esencial en los tiempos que corren como es la de alimentar la memoria. A veces ejercerla supone ingentes esfuerzos por despejarla de los obstáculos que se le interponen, y, en ciertos casos, el espacio es un elemento orientador. Es que como en un palimpsesto, los espacios físicos condensan registros que permanecen superpuestos y en el algún momento también dejan ver la expresión anterior oculta por una nueva.

El estallido social de 2019 que derivó en el fin de la Constitución chilena, tuvo su epicentro en la hoy llamada Plaza Dignidad, punto neurálgico del barrio

Providencia, el mismo que en 1973 concentraba una población popular que fue erradicada por la dictadura, uniéndose así simbólicamente el inicio y el fin de un ciclo histórico. El libro de Leyton ayuda a entender que esa coincidencia no reposa en una mera casualidad. ■

**Gustavo Vallejo**

CONICET-ISCo-Universidad Nacional de Lanús

ORCID 0000-0003-4730-2455

■ **Lorenzo Delgado, Santiago M. López, eds.** Ciencia en transición: El lastre franquista ante el reto de la modernización. Madrid: Sílex; 2019. 384 p. ISBN: 978-84-7737-663-7. 22 €

El volumen colectivo objeto de esta reseña aborda la historia de las políticas científicas en España durante el franquismo desarrollista y la transición de la dictadura a la monarquía parlamentaria. El libro es fruto del encuentro «Ciencia en Transición. De la CAICYT a la Ley de la Ciencia», celebrado en mayo de 2018 en el Instituto de Estudios de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad de Salamanca, que juntó a historiadores de la ciencia, de la economía y de las relaciones internacionales, así como a protagonistas de la política científica. La yuxtaposición de estas tres perspectivas disciplinares es uno de los atractivos del libro, que supone una contribución relevante a la historiografía sobre el período.

El primer bloque de cuatro capítulos versa sobre la historia institucional de algunos de los mayores organismos estatales de investigación creados por el régimen franquista. Antonio Francisco Canales esboza una panorámica sobre la evolución del CSIC, desde los cimientos nacionalcatólicos hasta el desarrollismo. Lourenzo Fernández Prieto estudia el Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas, remontándose hasta 1875 para subrayar las rupturas con el «modelo liberal» de investigación agronómica. Ana Romero de Pablos presenta un relato cronológico y aséptico de la historia de la Junta de Energía Nuclear durante el franquismo. Finalmente, Francisco Sáez de Adana y David Escot se centran en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial durante la transición.

El segundo bloque de cuatro capítulos se ocupa de las relaciones internacionales desde la historia económica y diplomática. Mar Cebrián y Santiago López tratan del papel de las divisas para entender cómo una política industrial basada